

A 200 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Edmund Burke
TEXTOS POLÍTICOS
REFLEXIONES SOBRE LA
REVOLUCIÓN FRANCESA

- Una exposición de aquellas ideas por las que Burke contendió con vigor en la arena política.
- La necesidad de los partidos en un régimen de libertad.
- El carácter imprescindible de la unidad de criterio en el gabinete.

Otros títulos sobre el tema:

Bernhard Groethuysen
• LA FORMACIÓN DE LA
CONCIENCIA BURGUESA
EN FRANCIA DURANTE EL
SIGLO XVIII
• J.-J. ROUSSEAU

François Marie Arouet de
Voltaire
EL SIGLO DE LUIS XIV

Ernst Cassirer
FILOSOFÍA DE LA
ILUSTRACIÓN

Georges Lefebvre
LA RÉVOLUTION
FRANCAISE Y EL IMPERIO

Mary Susan Alsop
ALEGRÍA Y ESCÁNDALO
EN UN CONGRESO
Viena 1814-1815

Julio Mazarino
BREVIARIO DE LOS
POLÍTICOS

Léon Bloy
EL ALMA DE NAPOLEÓN



saciable de expresión, de aquí la interminable interpretación de circunstancias nimias y de incidentes banales que, pese a todo, cobran siempre formato de narración auténticamente poética, pues en sus obras nuestro mundo se extingue para alumbrar una soslayada significación. Este "realismo llevado hasta sus últimas consecuencias", como bien lo apunta en el mismo libro Jorge von Ziegler, "gozó de otra vertiente no menos celebrada: esa suerte de sátira donde Monterroso se refiere a situaciones conocidas no sin encubrirlas con ilusiones y alegres alegorías".

El sentimiento de indignación es fundamental en el satírico Monterroso y no hay razón para que esta perturbación de su ser emotivo no se exprese en forma poética. Ciertamente, si la palabra es expresión natural de los más violentos modos de emoción personal, es seguro el vehículo natural de la indignación. Pero la indignación personal de esta clase contra la humanidad misma, aunque sea la base de la sátira, no basta para la verdadera actitud satírica. La sátira no es cuestión de resentimiento personal, sino de condenación impersonal.

Al satírico verdadero como Monterroso, le está vedado el arrebatado del pasquero o del predicador fulminante, porque a lo que se dirige es a la parte racional del hombre, y su finalidad es disponer los hechos de tal manera que sus lectores, a pesar de sí, se vean obligados a referirlos a sí mismos. Tal efecto es propio de la naturaleza monterrosea y depende de una absoluta economía de exposición, de tal modo que provoque el uso de la razón brindando placer estético.

Desde sus *Obras completas y otros cuentos*, publicadas hace 30 años, Augusto Monterroso ha construido un humor frío y crítico que, sustentado en una literatura de riquísima manufactura, se ha mantenido en el más alto nivel y sigue tan campante.

De todo ello nos habla el libro *La literatura de Augusto Monterroso*, un libro que reúne las opiniones de variados autores en torno a un escritor del que conocemos diversas caras, pero al cual cada lector reciente le descubrirá una nueva y no menos insospechada. Augusto Monterroso da para eso y más. ♦

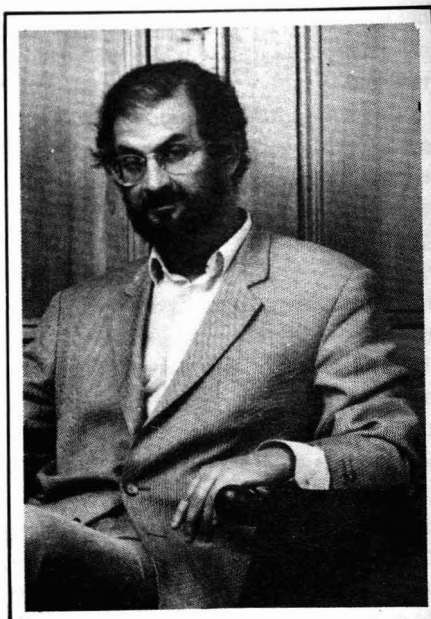
La literatura de Augusto Monterroso. Varios autores, México, No. 48 de la Colección de cultura universitaria, Universidad Autónoma Metropolitana, 1988, 175 pp.

LOS VERSÍCULOS SATÁNICOS

UNA MIRADA A LO INVISIBLE

Jorge Ruiz Esparza

Empieza a amanecer sobre el Canal de la Mancha. Es invierno y las costas británicas están cubiertas de nieve. Escuchamos los motores de un avión secuestrado que se aproxima en la penumbra. No se le permite aterrizar en parte alguna, así que la jefa del grupo terrorista que se apoderó de él toma una decisión desesperada: hacerlo estallar. Hacia el mar descienden fragmentos de cuerpos, de bebidas, butacas y recuerdos. Allá van también, en caída libre, dos actores, dos máscaras, dos personajes: Gibreel Farishta, estrella de la pantalla cuya especialidad es representar dioses hindúes y héroes musulmanes (y que ha dejado atrás a una suicida), y Saladin Chamcha, el hombre de las mil y una voces, casado con una inglesa y adorador de Inglaterra (y que viene huyendo de una mujer que lo tortura y lo ama). Caen los dos, agarrado uno al otro, y los gritos que emiten se convierten en salmos y contra-salmos, en una rivalidad que los une y los hace diferentes y que se convertirá en la fuerza motora de esta novela. Milagrosamente, Gibreel y Saladin llegan vivos al mar, y el mar los deposita en la playa. Pero se trata de un milagro de dos filos, pues



Salman Rushdie



ambos hombres se transforman. A Gibreel le sale un halo, y comienza a creer que tiene una misión, o tal vez enloquece y su locura toma la forma de una misión por cumplir. Saladin se hace más y más peludo, adquiere pezuñas de cabra y le empiezan a salir un par de protuberancias en las sienes. Así principia el trayecto que los ha de llevar a la confrontación final que sellará su destino. Para llegar ahí pasarán por los infiernos de la metamorfosis, el sueño, los celos y la traición; sumergirán sus almas en el pantano de la historia, la religión y lo posible. Con ellos conoceremos a Allie Cone, la mujer de pies planos a quien un fantasma hostiga para que ascienda sola al Everest; a Jumpy, amigo de Saladin, quien consuela a su esposa por su "pérdida irreparable" y se convierte en su amante; a Ayesha, visionaria fría y cubierta de mariposas que conduce a todo un pueblo en una peregrinación imposible; a Rosa Diamond, quien vivió para el amor en las Pampas argentinas; a los seres que pueblan Londres (Ellowen Deeowen), la ciudad "visible pero no vista"; a Azraeel, la trompeta justiciera que incendia una vez más la urbe; a Mahound, el profeta de la ciudad de arena, a quien se le manifiesta un ángel cuyas revelaciones contienen algunos versículos satánicos; a Baal, el poeta, que se casa con doce prostitutas que son el espejo profano de las esposas de Mahound; a Zeendy, la mujer que siempre exige algo difícil. . .

Por ese itinerario delirante, Gibreel y Saladin se acercan al encuentro que romperá la doble máscara que los mantiene unidos durante cientos de páginas. A pesar de las apariencias, no estamos ante un libro estructurado a base de oposiciones, sino desde una serie de tensiones entre centros de gravedad históricos, religiosos, culturales e individuales. La cultura colonizada y subdesarrollada de Bombay y el deslumbramiento de la metrópolis en decadencia son dos pulsiones contradictorias entre las cuales titubea el alma de los protagonistas. La fe y lo racional son subvertidos primero, luego explorados como dos planos diferentes (pero no siempre opuestos). El hombre se mueve en estos

planos, los habita, está sujeto a ellos. Debe decidir entre ambos, pero su decisión no necesariamente afecta el mundo externo, aunque siempre afecta a los otros.

El tema de la elección es central a este libro. ¿Quién eligió a los protagonistas?, para empezar. ¿Quién escoge después a los lectores? En parte, sus enemigos mismos y el cuestionamiento que representa han contribuido a crearle un espacio cuyas coordenadas escapan a la sola literatura. En el centro de este territorio que el texto marca con valor, con humor y con una buena dosis de insolencia, se encuentra la divinidad o su idea. ¿Existe Dios? No lo sabemos, ni el texto ni yo, pero el autor es esa misma duda hecha dinámica, exploración, ensayo de múltiples respuestas. En cada página, el miedo y la ignorancia trabajan arduamente, y de la mano de Gibreel y Saladin vamos por un mundo cuyo único sistema de señales es la mujer; un mundo que siempre saca ventaja de nosotros y nos engaña con contratos jugosos, con el encanto de la fama. Es ahí donde los personajes ganan y pierden. Tal el terreno, tales las marcas. Al borde de todo ello, en la lectura, nuestra participación ávida se vuelve complicidad y elección. A lo largo y a lo ancho de una novela ancha y larga presentimos nuestro papel como una actividad nacida del contagio. Nosotros, aquí mismo, vivimos en un mundo parecido a ese mundo, y nuestras decisiones también son importantes.

Oriente y Occidente son las dos caras de una misma prisión: el mundo como una serie de marcos de referencia excluyentes. Contra esta idea, contra esta determinación se mueve el texto sacando hilos nuevos para deshacer un viejo nudo: la lucha entre el Bien y el Mal. Ante la inevitabilidad de caer en esa dicotomía, *Los versículos satánicos* le hace frente y se introduce en ella para tratar de romperla desde adentro. El libro concluye con una lámpara maravillosa y con un genio en forma humana. Esta aparente contradicción es la fórmula misma del texto: lo maravilloso y lo humano se generan mutuamente. Al final, una supervivencia y nuestra lectura (nuestra supervivencia en una lectura —reflejos a ambos lados del delirio—) son el fruto único pero indeterminable de esta novela que debe leerse no contra o por encima, sino a través de la polémica que ha despertado, y que es, ella misma, testimonio de su singular poder: la literatura como redefinición del alma. ♦

Salman Rushdie. *Los versículos satánicos*. Gran Bretaña, Viking (Penguin Group); 1988, 547 pp.

Artes Plásticas

EL LABERINTO DE MARTÍN RAMÍREZ

Antonio Marquet

La característica más evidente de la colección de dibujos de Martín Ramírez (1885-1960) que se expone en el Centro Cultural Arte Contemporáneo, es la repetición. En efecto, en los trescientos cuadros que se conservan del pintor predomina una disposición teatral en cuyo centro aparecen sus personajes preferidos —siempre en posición frontal o de perfil— que se reducen a algunos animales (cierros, conejos, caballos), la Virgen, y hombres que permanecen inmovilizados en una atmósfera recóndita, iluminada con tonos en los que predomina el amarillo del papel que nunca llega a ser totalmente recubierto por el color.

Con este limitado número de elementos cromáticos y temáticos, y una técnica sencilla, Ramírez crea un estilo muy personal. Sus cuadros, hechos en los quince últimos años de su vida, sorprenden porque muestran tenazmente una interioridad que no deja de plantear enigmas al espectador.

Los laberintos de Ramírez, fabricados con líneas perpendiculares o curvas que se multiplican simétricamente, no esconden Minotauro alguno. Son más bien un espacio protector, contruido una y otra vez, para servir de refugio a un mensaje impuesto por el inconsciente del artista, quien permaneció durante más de treinta años internado en hospitales psiquiátricos de California: era un catatónico que sufría paranoia esquizofrénica.

¿Es sorpresa, temor, o desconcierto lo que muestran los rostros de los personajes de Ramírez? Su actitud parece defensiva: algunos hombres se presentan con las manos entrelazadas y los brazos en el pecho; los animales, con la cabeza recogida en actitud defensiva. Muchos de los personajes, con ojos casi siempre desorbitados, más que inmóviles parecen para-